

TRIBUNA

No necesitamos fronteras: Comentarios tres décadas después

Benjamín Ballester¹

*“No necesitamos banderas
No reconocemos fronteras
No aceptaremos filiaciones
No escucharemos más sermones”*

Jorge González, 1984, *No Necesitamos Banderas*
La Voz de los 80'

Resumen

Ante la elástica temporalidad en la que se desenvuelve la arqueología no me parece un despropósito integrarme a una discusión que se llevó a cabo 30 años atrás, en los 80's². Al contrario y más que nada por gusto personal, me motiva a adherirme el interés en el tema que subyace en este debate y porque creo que aun habiendo transcurrido tres décadas mucho del fondo en la controversia sigue siendo atinente a nuestra disciplina en lo teórico y en lo práctico, pero con argumentos propios de una época.

Palabras claves: Arqueología chilena, 1980's, Debate.

Abstract

Given the elastic temporality in which archaeology operate it doesn't seem a nonsense integrate myself to a discussion that took place 30 years ago, in the 80's². On contrary and mostly by personal pleasure, motivates me to adhere the interest in the thematic that underlies the debate and because still having passed three decades much of the dispute substance remains relevant to our discipline on theory and practice, but with arguments proper form an epoch.

Key words: *Chilean archaeology, 1980's, debate.*

1 ICIIS – Centro Interdisciplinario de Estudios Interculturales e Indígenas. Pontificia Universidad Católica de Chile. benjaminballesterr@gmail.com

2 Creo necesario que el lector comience leyendo el artículo original (Berenguer 1986a) y el debate que le siguió en los números 5 y 6 del Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología (Berenguer 1986b; Cornejo 1986; Gallardo 1986; Núñez 1986; Rivera 1987). Sin esta lectura previa, este comentario carece de sentido.

Así mismo advierto que me ciño más que nada a la discusión generada en el Boletín, y no tanto a aquella que le dio origen en las Primeras Jornadas de Arqueología y Ciencia (*Arqueología y Ciencia: primeras jornadas* 1983), donde se emiten otras opiniones y con distintos argumentos, en algunos casos contradictorios.

Recibido: 10 de marzo de 2016.

En el cuarto número del Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología (BSCHA) de 1986, José Berenguer abrió sin quererlo las puertas de un debate que llenaría las páginas de los dos siguientes números de la publicación periódica (5° 1986 y 6° 1987). Bajo el título de *Nuevas Fronteras de la Arqueología*, quien aún hoy firma como parte del Museo Chileno de Arte Precolombino intentaba definir el campo de acción, reflexión y desenvolvimiento de la Arqueología. Ya en ese entonces había pasado más de una década de la conferencia dictada por Luis Guillermo Lumbreras en Concepción (1972) y de la primera edición de su libro icónico (1974), y como bien dice Berenguer, casi cuatro décadas de algunos trabajos de Gordon Childe (2007[1947]), en la que arqueólogos latinoamericanos, europeos y estadounidenses coincidían en que la arqueología era una Ciencia Social.

Afirmarlo no era novedad y al igual que en aquellos años (60's, 70's y 80's), hoy pocos de nosotros no la definiríamos como una Ciencia Social. Pero también como en esa época, hoy una gran distancia separa el campo discursivo de nuestras definiciones teóricas de nuestra real práctica académica, investigativa y de reflexión arqueológica. Para ser sinceros y a título personal, creo que bastante poco de social tiene nuestra arqueología hoy, salvo excepciones puntuales que en ningún caso definen la identidad de nuestros proyectos de investigación, las frases de nuestros artículos y los escasos libros que se editan en el campo arqueológico chileno. Me atrevería a decir que la sociedad como temática está casi completamente exiliada de nuestra arqueología, y como ya han vaticinado varios autores (Bate 1998; Gallardo 1983; Lumbreras 1974), confundimos fácilmente nuestro objeto de conocimiento (la sociedad) con nuestros objetos de estudio (la cultura material). Más allá de los reproches metodológicos y cientificistas que se puedan hacer (en parte culpables de esta laguna), en nuestros problemas, relatos y narrativa están en gran medida ausentes los sujetos, las acciones, el poder, la política, la cultura, el simbolismo, las personas, los sentimientos y otros tantos tópicos que dan forma, riqueza y sustancia a la sociedad. Cedimos contenido social por certidumbre superficial; de ahí un primer balance.

Berenguer define la Arqueología como una Ciencia Social. Luego su discusión se entrampa en una cuestión que yo definiría como de *identidad disciplinar*. Un gallito acerca de los límites de lo que somos como arqueólogos y nuestra praxis, qué es un sitio y qué no, qué tan atrás el cronómetro temporal nos pone frente a un *objeto de estudio* o a un objeto que está fuera de nuestro campo. La cuestión de lo histórico versus lo contemporáneo, lo arqueológico versus lo sistémico, lo abandonado versus lo que continúa en uso. Más allá del valor práctico que estas definiciones puedan tener (porque las tienen), me resulta tremendamente interesante que sea acá donde se vuelquen los esfuerzos más significativos a nivel de reflexión y discusión. Puedo estar equivocado, pero más me parece una pasión interna por revindicar una trinchera académica, un objeto *propio* de estudio, un campo *exclusivo* de investigación, una *propiedad* intelectual, que un debate por enriquecer nuestro quehacer en lo teórico, metodológico y práctico sobre el conocimiento de la sociedad. Si nuestro objeto es justamente este último, la sociedad, qué importa el tiempo a la hora de definir qué podemos estudiar y qué no. Si toda cultura material para que exista ya debió ser producida, por tanto fundarse en un pasado por próximo que sea, ¿qué cuestión es esa de la arqueología del presente? (Gallardo 1986).

Dar esa discusión es solo una retórica de legitimación disciplinar. Por mucho que finalmente Berenguer abogue por una arqueología de lo contemporáneo, ya plantear la cuestión desde y como

lo hace termina desviando la atención hacia la tangente de lo propio y lo ajeno en lo disciplinar³. Pero ésta es una cuestión que solo toma valor político fuera del apetito filantrópico y social del conocimiento, en la escena de edificación de los muros que ordenan los campos disciplinares para el reparto de fondos concursables (FONDECYT nace en 1981, líneas patrimoniales como FONDART, Áreas de Estudio en Becas), la toma de decisiones especializadas (p.e. consejeros, comités, evaluadores o paneles de consenso) y asumir cargos administrativos o posiciones de status académico (p.e. universitarios, CMN, DIBAM, museos privados). Podríamos decir, en la burocracia de la academia, cuestión que aboga más a nuestra propia estructura social que al conocimiento.

Puestos los tres puntos suspensivos que dan término al artículo se desprende lo más sabroso del resultado de su ensayo: la réplica de algunos lectores que, como yo, quedaron insatisfechos con la discusión, buscando derecho y espacio para plantear sus incertidumbres, reproches, críticas, pataleos o simples pensamientos de traspase frente al tema que inteligentemente despertaba el autor.

El primero de ellos es Lautaro Núñez, aludido en el epígrafe del artículo, que más que una réplica crítica elabora simplemente un breve comentario con finos tintes de autocomplacencia, en los que aun así, elocuentemente posiciona a la arqueología junto a todas las otras ciencias sociales por y para un fin común, estudiar la sociedad, sacudiéndose los rastros de cualquier disputa disciplinar al entonar la a mi parecer acertada y bella frase: “*en el jardín de las ciencias del hombre todas las flores son posibles*” (Núñez 1986:9). Palabras que reproduzco textualmente para aumentar la posibilidad de que sea leída por algunos de los más ortodoxos y conservadores arqueólogos positivistas del país.

El siguiente comentarista es Luis Cornejo, en ese entonces y a sus 27 años curador del Museo Chileno de Arte Precolombino. Como tal, colega y compañero de trabajo de José Berenguer. En su réplica Cornejo deja entrever contrario a su palabras explícitas, una posición esencialista y disciplinar, más interesado en resguardar los frágiles límites de los campos disciplinares que en orientar los esfuerzos hacia generar un conocimiento cada vez más profundo, rico y amplio acerca de la sociedad⁴. Su última frase es elocuente en esto, “*la definición de nuevas fronteras, como las propuestas por José Berenguer, contrariamente a lo que él supone, le harían [a la arqueología] perder coherencia y la desintegrarían*” (Cornejo 1986:10). Ese último punto destacado, el centro de su argumento, demuestra una suerte de temor por perder eso que tanto ha costado construir: la arqueología, una disciplina con fines específicos, una lógica de funcionamiento, adornada de todo un sofisticado aparataje ya montado.

Luego viene su máxima con la que intenta sentarse a un costado de Lewis Binford: “*la arqueología es antropología o nada*” (Cornejo 1986:10). Ok, sí, comparto, pero mi pregunta hoy es, bueno y qué es la antropología. Con el posmodernismo las ciencias y en particular la antropología se abrieron a la posibilidad de mezclarse con otras formas no solo de producir conocimiento, sino también de expresarlo, como el arte, la literatura, la poesía, la fenomenología, la espiritualidad y la metafísica. Un coqueteo que delineó su identidad desde sus orígenes, pero que se vio acentuado desde la década del 50’ hasta convertirse en un acalorado e intenso romance que aún no termina de enfriar las aguas. No podemos obviar la experiencia por ejemplo del Doctor Francisco Varela, Biólogo y Médico, pero además uno de los principales y más importantes exponentes de la neurociencia mundial, que para crecer en el conocimiento sobre el funcionamiento de la mente humana entabló un

3 Elementos que también deja entrever en sus incursiones y comentarios en las Primeras Jornadas de Arqueología y Ciencia (*Arqueología y Ciencia: primeras jornadas* 1983).

4 Esto a diferencia de su postura explícita en las Primeras Jornadas de Arqueología y Ciencia (Suárez *et al.* 1983).

diálogo de pares con el Dalai Lama, dando vida a eso que llamó la *neurofenomenología* (Varela 1999). En antropología los ejemplos son más numerosos y la relación más estrecha, especialmente en los vínculos con las letras y el arte (Clifford 1995).

¿Si no existe tal claridad respecto a los límites de algunas de las ciencias más duras y tradicionales del panteón de saberes, menos de la antropología que constantemente flirtea con las artes y las letras, por qué intentamos defender la unicidad e integridad de la arqueología? La verdad, es una postura que no entiendo, y me da la impresión que acarrea una fuerte carga de temores, conservadurismos y comodidades. Esto lo creo aún más cuando veo que la promiscuidad disciplinar sí está abiertamente permitida hacia ciertos campos científicos, especialmente aquellos más duros como la ecología, la química, la zoología y la biología, donde la arqueología si se escapa de las fronteras tradicionales de la antropología, haciendo un tremendo desaire a la Cultura. Como ejemplo, aun cuando Cornejo pone literalmente en duda otras fronteras a la arqueología (el título de su comentario está entre signos de interrogación), sus primeras incursiones en proyectos FONDECYT coqueteaban abiertamente con la ecología (1870407 y 1890871) y la biología humana (1831080). Hoy creo que son los suculentos índices de impacto de sus revistas las que excitan este amorío, fomentando esta idea instrumental de que la arqueología está entremedio de las ciencias naturales y sociales.

Si algo debemos resguardar de ser “*antropología o nada*” es, como diría Jack Goody (1998), su *enfoque enciclopédico*. Esa capacidad de picotear en todo tipo de fuentes, publicaciones, documentos, mitos, películas, oralidades, representaciones, materialidades, entre tantos otros elementos que la antropología persigue para estudiar la sociedad. Su apertura a la diversidad no solo en las respuestas, sino también en las estrategias, lógicas, métodos y formas de acercamiento. Creo que es ahí donde radica una de sus principales riquezas.

Los campos disciplinares los creamos nosotros, no son *naturales*. Sí, lo hacemos a partir de la observación de la realidad y su estructura, pero siempre esos campos serán edificaciones montadas por nosotros, una arquitectura académica e intelectual orientada al conocimiento, entregándonos herramientas pero también limitaciones, especialmente cuando la cómoda institucionalidad se asienta en forma de administración y burocracia. Las disciplinas y los métodos son medios, no fines; el fin es y será la sociedad. Como tal, podemos crear, destruir y modificar estos *artefactos* del intelecto según nuestras propias inquietudes, orientaciones, proyectos, placeres o necesidades. De la misma forma en que podemos destruir las estructuras de la sociedad para convertirla en algo a lo que aspiramos, podemos quebrar aquellas fronteras que encaminan nuestro intelecto y conocimiento. Mi segundo balance es que siempre es atractivo y necesario al menos intentar quebrar la realidad.

El tercer comentarista es Francisco Gallardo, también en ese entonces compañero de trabajo de Berenguer y Cornejo. Abiertamente Gallardo toma una posición materialista para realizar su crítica a Berenguer, diciendo textualmente que “*la arqueología es aquella disciplina que se ocupa de todas aquellas sociedades que muestran formas precapitalistas de producción, y que en la actualidad no se encuentran en funcionamiento*” (Gallardo 1986:11)⁵. ¿Pero de dónde nace esta diferencia, esta distinción? ¿Por qué los arqueólogos seríamos mejores para estudiar sociedades precapitalistas que las capitalistas? La respuesta de Gallardo se reduce a una premisa tomada del filósofo checo Karel Kosik, fórmula que comparte con otros arqueólogos (Bate 1978, 1992, 1998). Ésta asegura que la realidad se compone de una apariencia y una esencia, lo fenoménico y lo esencial, la representación y el concepto, la

5 Para este punto Gallardo vuelve a modo de referencia a su ponencia en las Primeras Jornadas de Arqueología y Ciencia (Gallardo 1983).

inmediatez y la reflexión, una esfera superficial apreciable a simple vista, versus otra profunda que le trasciende. En palabras del mismo Kosik (1967:25-27): “*La cosa misma no se manifiesta inmediatamente al Hombre. (...) El mundo de la pseudoconcreción es un claroscuro de verdad y engaño* [como también cita Gallardo 1986: 11, párrafo 5, octava línea]. *Su elemento propio es el doble sentido. El fenómeno muestra la esencia y, al mismo tiempo, la oculta. La esencia se manifiesta en el fenómeno, pero sólo de manera inadecuada, parcialmente, en algunas de sus facetas y ciertos aspectos*”. Pero esta cualidad de la realidad y el método de la dialéctica para comprenderla (*la destrucción de esta pseudoconcreción*, según Kosik) es inherente y necesaria para la comprensión de toda realidad social y en todos los momentos de la historia, sea la realidad capitalista que estudia Karl Marx o cualquier otra formación social existente en la historia de la humanidad. Ya el mismo Marx realizó en su momento ejercicios fuera de la Formación Capitalista (Godelier *et al.* 1969; Marx 2007[1857-1858]; Marx y Hobsbawm 1982), al igual que lo hizo Engels (1972[1884], 1981[1876]). Es la realidad la que tiene “*claroscuros de verdad y engaño*”, no solo el capitalismo.

Así dicho, siguiendo un método adecuado y considerando estas variables, es posible una arqueología explicativa de cualquier formación social, sea capitalista o no⁶. El mismo Francisco Gallardo intentó aproximaciones de este estilo, en muchos casos quebrando por completo las fronteras disciplinares tradicionales de la arqueología que tan celosamente resguardaban sus colegas de oficina (Gallardo 1994, 1995a, 1995b; Gallardo *et al.* 1990, 1999). Si entendemos que el conocimiento no solo se devela, sino que también se crea, ¿no es acaso también el arte una forma de llegar a la esencia de la realidad superando las apariencias y la inmediatez? ¿No puede ser también el arte una forma de destrucción de la pseudoconcreción? ¿No habrá en la poesía, en la pintura, en el cine, en la ópera o en la música un intento de superación de lo superficial y cotidiano para llegar a la esencia de la realidad? ¿No hay de eso también en la filosofía? Mi tercer balance es que la dialéctica no es exclusiva de las ciencias tradicionales.

Gallardo finaliza su comentario diciendo que una “*arqueología del presente podría ser una valiosa técnica más de recolección de información. Nunca una práctica científico-social explicativa*” (1986:11). Lamento decir que tengo el presentimiento que gran parte de nuestra “*arqueología del pasado*” no se queda sino solamente en su etapa técnica de colecta de datos (prospecciones, excavaciones, descripciones, detalles), sin avanzar ni un poco hacia la develación de la esencia.

Es notable como en las posiciones de Cornejo y Gallardo, pero también a veces en la de Berenguer, se puede notar entre líneas la idea de que la arqueología es una ciencia de las *sociedades muertas*, una especie de *anticuarismo* de lo humano. Una concepción que quieranlo o no termina separando lo que somos como sujetos y sociedad de las que ya no existen, el nosotros actual del otro pretérito, el vivo del muerto, el presente del pasado, la historia de la prehistoria, la arqueología de la sociología, la sociedad del hoy de la antigua, quebrando y eliminando cualquier posibilidad de continuidad y unicidad de nuestra Historia, la de la Sociedad (ambas con mayúsculas).

Un cuarto comentarista que pasó ligeramente desapercibido del debate fue Mario Rivera (1987b), tanto así que sus palabras no recibieron si quiera réplica. Y si no despertó la atención adecuada fue seguramente porque era el único que en ese momento no jugaba en la cancha chica de la arqueología chilena, menos en la del patio del Museo Chileno de Arte Precolombino. Aun siendo que es el comentario más rico en bibliografía extranjera, citando las últimas publicaciones y

6 Berenguer (1986b:15) dejará esto en claro de forma breve en su réplica a los comentaristas, específicamente en el penúltimo párrafo de su intervención, justo antes de agradecer al Boletín.

conferencias en los más prestigiosos congresos internacionales, poca sintonía logró generar con la discusión que se estaba planteando inicialmente. Tal vez esa misma lejanía de Chile y su arqueología no le permitieron notar la sutileza de los problemas que se estaban tocando. Por eso, su comentario no por poco interesante y erudito se sale del debate, justamente también porque dicha discusión tenía su germen en las Primeras Jornadas de Arqueología y Ciencia de las cuales no fue parte (ver listado de asistentes en *Arqueología y Ciencia: primeras jornadas* 1983). Aun así acierta con la analogía que presenta respecto del famoso ensayo de Flannery (1982) acerca de cómo se había vivido un fenómeno similar a este en Estados Unidos. Entró entusiasta y con mucha técnica a la cancha, pero en los minutos finales del partido y en una posición que no le acomodaba; una lástima para los telespectadores y la arqueología chilena.

Finalmente José Berenguer realiza los descargos que le corresponden. Me da la impresión que nunca se esperó respuestas o comentarios en el tono de aquellas de Gallardo y Cornejo, aun viniendo de la oficina de al lado. En sus palabras, notó “*disenso absoluto*” y “*críticas en términos de abierta confrontación*”, aunque lo que más lo “*abismó*” fue que “*con celo casi eclesiástico*” Gallardo lo excomulgó del materialismo (Berenguer 1986b:12-14). Pero más allá de las sabrosas y picantes anécdotas, Berenguer contrataca con el argumento temporal, sintiendo todavía y luego de los comentarios que esa era la trinchera donde debía debatir. Vuelve cargado con la ametralladora de la “*arqueología salitrera*”, el fusil de los “*canoeros capitalistas*”, junto a su arma estrella y más letal, las excavaciones que se hacían en el mismísimo lugar donde se reunía a debatir con sus comentaristas, en el patio del museo, nada más ni nada menos que el solar del “*corregidor de Santiago en 1555*”. Los tres argumentos más que válidos, sólidos y brillantes si se quedan en el problema cronológico acerca de los límites del arqueólogo, pero ¿para qué? Ellos continúan ahondando en la necesidad de conquistar nuevos terrenos para la arqueología, de expandir nuestros campos de acción y abarcar más como disciplina, pero ¿para qué?

La réplica luego gira aún más bruscamente hacia el tema que quieran o no termina atrayendo de forma casi centrípeta sus discusiones: la cuestión de la identidad disciplinar y sus fronteras. Que la Historia, que la Sociología, que la Etnografía, que la Etnología, que la Antropología; que la Arqueología está al medio, encima, montada, por debajo, a un costado. Solo finalmente y luego de varias vueltas Berenguer (1986b:15) es el único que aboga por “*una “arqueología total”, en que cada uno disponga de una opción libre para elegir dónde y cómo hacer su contribución arqueológica a la Ciencia Social*”, aun cuando esta última postura es casi contradictoria a otras que él mismo defiende en su primer artículo y en la réplica.

★★★★★

Me parece llamativo que prácticamente el mismo año en que Los Prisioneros lanzaron la canción “*No Necesitamos Banderas*” (1984), uno de los temas ícono de su primer álbum “*La Voz de los ‘80*” y tal vez el de tintes más anarquistas de Jorge González, en arqueología se debatía cómo hacer más estrechas, definidas y marcadas sus fronteras, afinando nuestros propios circuitos de trabajo, cercándonos los quehaceres y marcándonos el perímetro del campo. Concertábamos celosa y cuidadosamente nuestros límites, cimentábamos los muros de nuestra propiedad separándonos del vecino, encasillando disciplinas, estructurándonos la realidad intelectual. Me quedo con una frase que uno de los comentaristas realizó en otra instancia de discusión, pero que para el caso sirve perfectamente: “*hacer divisiones de este tipo es un pecado positivista*” (*Arqueología y Ciencia: primeras jornadas* 1983:52).

Sin reproches morales, este pequeño ensayo que vuelve a una vieja discusión muestra como la arqueología de los años 80's se esmeró y gastó tremendos esfuerzos por definirse como disciplina legitimada dentro del campo general de las ciencias, delineando meticulosamente sus esferas de acción, estableciendo quehaceres y marcando fronteras. Una cuestión de identidad cuyo origen pudo ser la lucha de intereses y cargos en las decisiones políticas de las ciencias nacionales en plena dictadura (p.e. CONICYT, FONDECYT, CMN, universidades, DIBAM, museos privados), pero no para la generación de conocimiento acerca de la sociedad. Como dije antes, una edificación que tiene más que ver con la construcción de nuestra propia organización social que con el conocimiento. ¿Cuánto habrá castigado en las personalidades y en las ideas el vivir cotidianamente en dictadura?

A 30 años de esta discusión emito lo que puede leerse a modo de comentario o crítica (Gallardo 1992), pero no como si fuera escrita desde una “*cabina de transmisión*”, sino simplemente como una reflexión de uno más que se ensucia los pantalones y ama lo que hace (Flannery 1982). Considero que si nuestro objeto de conocimiento es la sociedad, da igual la promiscuidad, revoltijo o mixtura de métodos, estrategias y técnicas que apliquemos si nos llevan hacia resultados fructíferos y fidedignos relativos a su conocimiento (certero, audaz y necesario). Más aún, abogo a la posibilidad de una completa transdisciplinariedad que amalgame los saberes y las expresiones mientras hagan crecer en riqueza, diversidad y cantidad el conocimiento que tenemos sobre la sociedad, da lo mismo me llamen arqueólogo o no. Esto podría además librarnos de algunos de los egos y altanerías que inundan nuestras academias. Y sí, es también una crítica a nuestra organización social dentro de la academia, y la relación de ésta con la sociedad en la que vivimos.

Con esto no declaro el *todo vale* o que todas las narraciones son válidas, muy por el contrario, es más bien la posibilidad de quiebre de las *fronteras autoimpuestas de la arqueología* si esta lo necesita para expandir sus horizontes en búsqueda de respuestas a lo desconocido. ¡Que seamos nómades, no sedentarios! ¡Peregrinos, no señores feudales! ¡Rizomas, nunca raíces! (Deleuze y Guattari 2002). Comparto la necesidad de construcción de tecnologías del saber, artefactos del intelecto, aparatos conceptuales, fórmulas de expresión, maquinarias de aprendizaje y métodos de trabajo, siempre y cuando abran posibilidades sin convertirse en cadenas perennes. Pero hablar de fronteras es hablar de límites. Por esto, no se trata de *nuevas, dudosas o imprecisas* fronteras de la arqueología, sino simplemente que *no necesitamos fronteras*.

Agradecimientos. Agradezco en primera instancia a los editores del Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología al momento en que se dio este debate y otros tantos cobijados por esta publicación periódica. Extraño la sección de opinión y comentarios del antiguo Boletín. Me parece lamentable que hoy todo deba estar revisado, comentado y aceptado por tres evaluadores externos, de eso ya tenemos mucho. A veces es importante simplemente decir las cosas.

A Alex y Marcela.

A quienes escribían en el Boletín, también gracias. Créanlo o no, paso un gran momento leyéndolos.